

de tres años, en que casi todos los elementos administrativos y militares del país se conjuraron con el clero para aniquilar al representante de la Constitución y llegaron al más tremendo fracaso de nuestra historia, era una lección severísima é indesperdiable.

☪ Así y todo, el Presidente, en aquellos instantes que empezaban á contarse entre los supremos de nuestra vida nacional, supo hacer á un lado recelos, temores y sugerencias de amigos alarmados para dar no sólo entrada en el ministerio, sino la casi totalidad de la dirección política interior y exterior, á Doblado. Y como lo había demostrado en el asunto Wyke-Zamacona, su plan de defensa no era el de la defensa intransigente, sino adoptar los hechos consumados, plenamente convencido del estado de debilidad física de la República, para aceptar los hechos irreparables y sacar partido de ellos. Un rectilíneo como Ocampo, probablemente habría dicho: «no hay con los invasores más trato que la guerra; trataremos cuando se embarquen.» Y habría sido probablemente éste el modo de dar vida y porvenir á la intervención tripartita. Doblado trató, al contrario, con el pleno asentimiento del Sr. Juárez, y, si no pudo impedir la intervención francesa, sí la obligó á comenzar con una violación salvaje de la fe y el honor empeñados la siniestra aventura del Imperio, y sí logró deshacer y nulificar la convención de Londres.

☪ En la opinión había causado buen efecto la aparición del nuevo ministro relegado hasta entonces en el Bajío; la confianza en su talento era muy grande, y con creciente atención seguía el público sus pasos. Se le comparaba á veces con Cavour; por desgracia, Doblado no contaba con aliados; los buenos oficios de los Estados Unidos habían resultado malos en Europa y en Méjico, inaceptables, porque el interés que por su dinero exigían era terriblemente usurario, una mal disimulada anexión. Doblado y el Presidente acordaban todos los días, acuerdo que solía verificarse en consejo de ministros; un grupo del pueblo espiaba frecuentemente la llegada del Ministro á Palacio, y los estudiantes de corta edad, apenas adolescentes, con los más pueriles pretextos lo abordábamos en la escalera del ministerio de Relaciones; subía encorvado bajo su gran sobretodo pardo, muy bien vestido, el flamante sombrero alto de seda ligeramente echado hacia atrás sobre la espaciosa frente, el cuerpo espeso y un tanto trabajoso, la tez de la cara muy blanca y muy rasurada, exceptuando en un corto marco al rededor del rostro, la boca un poco sensual y movable, los ojillos oscuros y rápida y penetrante la mirada; se paraba delante de nosotros levemente risueño, paciente, en su perenne impaciencia; al vernos tan jóvenes y al sabernos estudiantes, nos prometía con benevolencia lo que le pedíamos y entraba al ministerio siguiendo el pensamiento que le preocupaba sin volverse á acordar de aquel tenue incidente estudiantil.

☪ No faltaba quien en Méjico supiera que el general Prim vendría á ponerse al frente de la expedición española, y se juzgó una feliz coincidencia el ingreso al gabinete del Sr. González Echevarría, hombre de ideas moderadas, pero buen patriota y de vastos conocimientos prácticos mercantiles. El nuevo ministro de Hacienda estaba emparentado muy de cerca con la esposa del general Prim y

esto acaso facilitaría la rectificación de miras de la expedición aliada respecto de Méjico, cuya verdadera situación era totalmente desconocida por los organizadores de la intervención, con santísimos fines embaucados por LOS PROSCRIPTOS. ☪ Y todo fué actividad en aquel mes de Diciembre; la UTILERÍA, como dicen los escenógrafos, del teatro en que iba á representarse el drama, se disponía febrilmente: facultades amplísimas, omnímodas, dadas por la Cámara al disolverse, como un gaje de suprema confianza al Ejecutivo; suspensión de garantías; y luego el Ejecutivo: permiso á los gobernadores para disponer de los remanentes de bienes del clero que hubiere en los Estados, para preparar los contingentes con que debía formarse el ejército nacional, apenas iniciado y puesto á las órdenes del general Uraga, á quien se consideraba, por sus conocimientos militares, el más capaz de los oficiales reformistas y á quien quiso sobornar brutalmente Saligny; creación de una contribución general, á más de las numerosas existentes ya, la célebre CUARTA FEDERAL (porque consistía en el recargo de una porción equivalente á la cuarta parte sobre toda contribución que debiera pagarse en los Estados), verdadera contribución de guerra de que tocaba á los fiscos locales una parte y que sobrevivió largos años al triunfo de la República. Las medidas de amnistía, las aterradoras en contra de los infidentes, de los usurpadores, comenzaban á ponerse en planta; la fisonomía de caserna ó campamento que tomó alternativamente la República durante seis años comenzó á esbozarse tras el corto intermedio entre la guerra de Reforma y la de la Segunda Independencia.

☪ El abogado D. Juan José Baz, gobernador del Distrito Federal y reformista ardentísimo, apresuraba la desaparición material de los conventos «para que, si volvían los pájaros, no encontrasen ya sus jaulas», como decía, restringía el número de templos y conventos dejados en uso al clero y á las monjas, y mantenía, muy bien secundado por un grupo de jóvenes liberales à OUTRANCE, la excitación patriótica y el odio á los invasores GACHUPINES, como se decía desde los tiempos de Hidalgo, en el lenguaje popular. Los poetas invitaban á la juventud á correr al campo de batalla abandonando los libros, porque no era justo que los estudiantes se quemasen las pestañas estudiando apergaminados filósofos á la luz vacilante de las lámparas de los claustros alonsiacos mientras SILBAN EN VERACRUZ BALAS DE ESPAÑA, clamaba en una repartición de premios el archipopular Joaquín Villalobos, en medio de nuestros frenéticos aplausos.

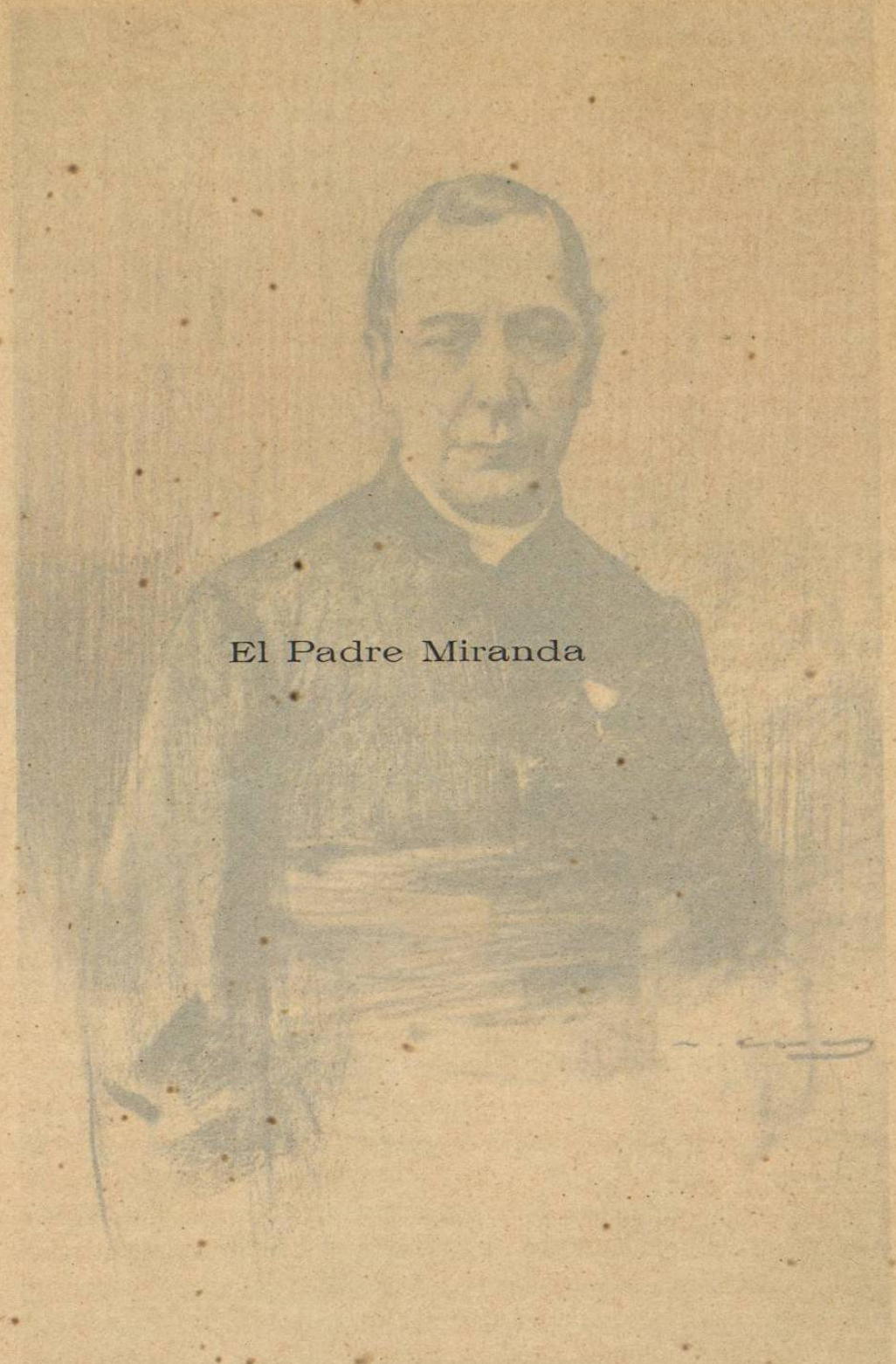
☪ Con el año de sesenta y dos y la llegada del resto del contingente español, á las órdenes del Conde de Reus, y del francés en seguida, se levantó el telón sobre el primer acto de la tragedia.

\*\*\*

☪ El pueblo mejicano había sufrido mucho; es uno de los pueblos de la tierra que han sufrido más en la última cruentísima centuria; pero nada capaz de infundir mayor pavor que el cuadro de pena que se presentaba ante sus ojos, tras

el incesante machacar de carne humana en la lucha de LOS TRES AÑOS, cuando se anunció la guerra extranjera. Ya se adivinaba lo que iba á seguir, ya se sabía qué sangre iba á verterse, qué grupos iban á ser víctimas despiadadamente sacrificados en sus propiedades, en su libertad, en su honor, en su vida. Y un hondísimo estremecimiento de inquietud y malestar recorría aquella sociedad de resignados; ¿por medio de qué milagro podía evitarse todo ello? No había señales de milagro; para el pueblo mejicano se abría la hora de las tinieblas, la larga y profunda tiniebla de Getsemaní. Sobre los resignados estaban los grupos exasperados; los exasperados, ó luchaban entre sí, ó se preparaban á la lucha suprema, ó explotaban la situación para crear en ella la anarquía y autorizar ante el mundo la intervención, firmes en la idea nueva que el padre Miranda les había infundido de que no podía haber Patria si la Iglesia seguía vencida, y no podía triunfar la Iglesia si la Intervención (la española, sobre todo) no se adueñaba del país; otros, incapaces de transigir con los reformistas, eran más incapaces todavía de pasar por instrumentos de una tentativa de dominación extranjera; éstos intentaron luchar; al fin huyeron unos (Cobos, Zuloaga); otros, ya lo hemos visto, se filiaron en las tropas nacionales y desempeñaron en ellas tamaño papel. Encima había otro grupo más bien de desesperanzados que de exasperados; estos hombres sin esperanza, Uraga era el tipo de ellos, eran patriotas, estaban con la bandera nacional, pero seguros de que nadie haría nada por nosotros (Inglaterra porque la habíamos menospreciado y los Estados Unidos porque la lucha no tendría más término en ellos que LA SECESIÓN), tenían la perfecta seguridad de que Méjico sería vencido y que era un deber luchar, pero sin fe en el triunfo; éstos, cuando pasaron los primeros grandes episodios de la lucha, dejaron caer las armas y aceptaron la monarquía.

¶ Otros, era una minoría, creían en el milagro, pero en el milagro del derecho contra la fuerza; por eso Zaragoza creyó en la victoria, por eso Juárez jamás dudó del triunfo de la República. Y mientras esta fe, fuerza moral incontrastable, la que permitió á Juárez mover las montañas, según la formidable metáfora de Hugo, iba á ser la clave de la era nueva caracterizada por la transformación de la minoría reformista en Nación, en Patria, el viejo partido de los privilegios y de las reacciones se arrojaba en la hoguera de la Intervención en que iba á reducirse á cenizas; no habían pasado seis años de los horrendos crímenes de Tacubaya, y Márquez se veía obligado por su jefe (Bazaine) á castigar al prefecto de Morelia porque había obedecido al clero que negaba sepultura católica á un adjudicatario, y dos años más acá, un prócer conservador (Velázquez de León) y un obispo mejicano (Ramírez) emprendían un viaje á Roma, mandados por Maximiliano, para hacer consentir á Pío IX en un concordato que reconocía la nacionalización de los bienes eclesiásticos como un hecho irremisible. Estos hechos tienen en sí mismos su elocuencia: la reacción se suicidaba solemnemente, se ahorcaba en el árbol maldito sembrado en un campo de sangre. De todo ello iba á surgir definitiva, perdurable, la República, hija de sus hijos.



El Padre Miranda

